

tosos de los apóstoles. Poneos el blanco de la sencillez, el colorado de la honestidad; alcoholad con la vergüenza los ojos, y con el espíritu modesto y callado. En las orejas poned como arracadas las palabras de Dios. Añudad á vuestros cuellos el yugo de Cristo. Sujetad á vuestros maridos vuestras cabezas, y quedaréis así bien hermosas. Ocupad vuestras manos con la lana, enclavad en vuestra casa los piés, y agradarán más así que si los cercásedes de oro. Vestid seda de bñdad, Holanda de santidad, púrpura de castidad y pureza, que afeitadas desta manera, será vuestro enamorado el Señor.» Esto es el Tertuliano. Mas no son necesarios los arroyos, pues tenemos la voz del Espíritu Santo, que por la boca de sus Apóstoles San Pedro y San Pablo, condena este mal clara y abiertamente. Dice San Pedro (1): «Las mujeres estén sujetas á sus maridos, las cuales ni traigan por defuera descubiertos los cabellos, ni se cerquen de oro, ni se adornen con aderezo de vestiduras preciosas, sino su aderezo sea en el hombre interior, que está en el corazon escondido. La entereza y el espíritu quieto y modesto, el cual es de precio en los ojos de Dios; que desta manera en otro tiempo se ade-

(1) I, Pet., cap. 3, v. 1, 5, 4, 5.

rezaban aquellas santas mujeres. • Y San Pablo escribe semejantemente (1): «Las mujeres se vistan decentemente, y su aderezo sea modesto y templado, sin cabellos encrespados y sin oro y perlas, y sin vestiduras preciosas, sino cual conviene á las mujeres que han profesado virtud y buenas obras.» Este, pues, sea su verdadero aderezo, y para lo que toca á la cara, hagan como hacía alguna señora de este reino. Tiendan las manos y reciban en ellas el agua sacada de la tinaja, que con el aguamanil su sirvienta les echare, y llévenla al rostro, y tomen parte della en la boca y laven las encías, y tornen los dedos por los ojos y llévenlos por los oídos, y detras de los oídos tambien, y hasta que todo el rostro quede limpio no cesen; y despues, dejando el agua, límpiense con un paño áspero, y queden así más hermosas que el sol. Añade:

§ XIII.

La buena mujer ha de ser dicha, gloria, feliz suerte y bendicion de su marido.

*Señalado en las puertas su marido cuando se asentare con los gobernadores del pueblo (2).*

En las puertas de la ciudad eran anti-

(1) I, Ad Timoth., cap. 2, v. 9.

(2) Vers. 23.

guamente las plazas, y en las plazas estaban los tribunales y asientos de los jueces y de los que se juntaban para consultar sobre el buen gobierno y regimiento del pueblo. Pues dice que en las plazas y lugares públicos, y adonde quiera que se hiciere junta de hombres principales, el hombre cuya mujer fuere cual es la que aquí se dice, será por ella conocido y señalado ypreciado entre todos. Y dice esto Salomon, ó en Salomon el Espiritu Santo, no sólo para mostrar cuánto vale la virtud de la buena, pues da honra á sí y ennoblece á su marido, sino para enseñarle en esta virtud de la perfecta casada, de que vamos hablando, que es lo sumo della, y la raya hasta donde ha de llegar, que es el ser corona y luz y bendicion y alteza de su marido; pues es así que todos conocen y cantan y reverencian, y tienen por dichoso y bienaventurado al que le ha cabido esta buena suerte; lo uno por haberle cabido, porque no hay joya ni posesion tan preciada ni envidiada como la buena mujer; y lo otro, por haber merecido que le cupiese; porque, así como este bien es precioso y raro, y dón propiamente dado de Dios, así no le alcanzan de Dios sino los que, temiéndole y sirviéndole, se lo merecen con señalada virtud. Así lo testifica el mismo Dios en el *Eclesiásti-*

co (1): «Suerte buena es la mujer buena, y es parte de buen premio de los que sirven á Dios, y será dada al hombre por sus buenas obras.» De arte que el que tiene buena mujer es estimado por dichoso en tenerla, y por virtuoso en haberla merecido tener. De donde se entiende que el carecer deste bien, en muchos es por su culpadellos. Porque á la verdad, el hombre vicioso y distraido y de *aviesa* (2) y revesada condicion, que juega su hacienda, y es un leon en su casa, y sigue á rienda suelta la deshonestidad, no espere ni quiera tener buena mujer; porque ni la merece, ni Dios la quiere á ella tan mal que la quiera juntar á compañia tan mala, y porque él mismo, con su mal ejemplo y vida desvariada, la estraga y corrompe. Però torna Salomon á lo casero de la mujer, y dice:

#### § XIV.

La industria y cuidado de la buena casada han de llegar, no sólo á lo que basta en su casa, sino áun á lo que sobra.

*Lienzo tejió y vendiolo; franjas dió al cananeo* (3).

Cananeo llama al mercader y al que de-

(1) *Ecclesiast.*, cap. 26, v. 3.

(2) Mal inclinada.

(3) *Vers.* 21.

cimos cajero, porque los de aquella nacion ordinariamente trataban desto, como si dijésemos ahora al portugues. Y va siempre añadiendo una virtud á otra virtud, y lleva poco á poco á su mayor perfeccion esta pintura que hace, y quiere que la industria y cuidado de la buena casada llegue, no sólo á lo que basta en su casa, sino áun á lo que sobra, y que las sobras las venda, y las convierta en riqueza suya y en arreo y provision ajena. Y baste lo que ya acerca desto arriba tenemos dicho.

§ XV.

De la templanza y medio que ha de observar la perfecta mujer en su condicion y trato.

*Fortaleza y buena gracia su vestido, reirá hasta el dia postrero (1).*

Aunque esta buena casada ha de ser para mucho, que es lo que aqui Salomon llama fortaleza, no por eso tiene licencia para ser desabrida en la condicion, y en su manera y trato desgraciada; sino, como el vestido ciñe y rodea todo el cuerpo, así ella toda y por todas partes ha de andar cercada y como vestida de un valor agraciado y de una gracia valerosa. Quiero decir, que ni la diligencia ni la vela ni la

(1) Vers. 25.

asistencia á las cosas de su casa la ha de hacer áspera y terrible, ni ménos la buena gracia y la apacible habla, semblante ha de ser muelle ni desatado. Sino que templando con lo uno lo otro, conserve el medio en ambas á dos cosas, y haga de entrambas una agradable y excelente mezcla. Y no ha de conservar por un dia ó por un breve espacio aqueste tenor, sino por toda la vida, hasta el dia postrero della. Lo cual es propio de todas las cosas que, ó son virtud ó tienen raíz en la virtud, ser perseverantes y casi perpétuas, y en esto se diferencian de las no tales; que éstas, como nacen de antojo, duran por antojo; pero aquéllas, como se fundan en firme razon, permanecen por luengos tiempos. Y los que han visto alguna mujer de las que se allegan á esta que aqui se dice, podrán haber experimentado lo uno y lo otro. Lo uno, que á todo tiempo y á toda sazón se halla en ella dulce y agradable acogida; lo otro, que esta gracia y dulzura suya no es gracia que desata el corazon del que la ve ni le enmolece, antes le pone concierto y le es como una ley de virtud y así le deleita y aficiona; que juntamente le limpia y purifica; y borrando dél las tristezas, lava las torpezas tambien; y es gracia que áun la engendra en los miradores. Y la fuerza della, y aquello

en que propiamente consiste, lo declara más enteramente lo que se sigue.

§ XVI.

Cuánto importa que las mujeres no hablen mucho y que sean apacibles y de condicion suave.

*Su boca abrió en sabiduría y ley de piedad en su lengua (1).*

Dos cosas hacen y componen este bien de que vamos hablando, razon discreta y habla dulce. Lo primero llama sabiduría, y piedad lo segundo, ó por mejor decir, blandura. Pues entre todas las virtudes sobredichas, ó para decir verdad, sobre todas ellas, la buena mujer se ha de esmerar en ésta, que es ser sábia en su razon y apacible y dulce en su hablar. Y podemos decir que con esto lucirá y tendrá como vida todo lo demas de virtud que se pone en esta mujer, y que sin ello quedará todo lo otro como muerto y perdido. Porque una mujer necia y parlera, como lo son de continuo las necias, por más bienes otros que tenga, es intolerable negocio. Y ni más ni ménos la que es brava y de dura y áspera conversacion, ni se puede ver ni sufrir. Y así, podemos decir que todo lo sobredicho hace como el cuerpo desta virtud de la casada que dibujamos;

(1) Vers. 26.

mas esto de ahora es como el alma y es la perfeccion y el remate y la flor de todo este bien. Y cuanto toca á lo primero, que es cordura y discrecion ó sabiduría, como aquí se dice, la que de suyo no la tuviere ó no se la hubiere dado el dón de Dios, con dificultad la persuadirémos á que le falta y á que la busque. Porque lo más propio de la necedad es no conocerse y tenerse por sábia. Y ya que la persuadamos, será mayor dificultad ponerla en el buen saber, porque es cosa que se aprende mal cuando no se aprende en la leche. Y el mejor consejo que les podemos dar á las tales es rogarles que callen y que ya que son poco sábias se esfuercen á ser mucho calladas. Que como dice el sabio (1): •Si calla el necio, á las veces será tenido por sabio y cuerdo. Y podrá ser así, que callando y oyendo, y pensando primero consigo lo que hubieren de hablar, acierten á hablar lo que merezca ser oido. Así que, deste mal esta es la medicina más cierta, aunque ni es bastante medicina ni fácil. Mas, como quiera que sea, es justo que se precien de callar todas, así aquellas á quien les conviene encubrir su poco saber, como aquellas que pueden sin verguenza descubrir lo que saben; porque en

(1) Proverb., cap. 17, v. 28.

todas es, no sólo condicion agradable, sino virtud debida el silencio y el hablar poco. Y el abrir su boca en sabiduría, que el Sabio aquí dice, es no la abrir sino cuando la necesidad lo pide, que es lo mismo que abrirla templadamente y pocas veces, porque son pocas las que lo pide la necesidad. Porque, así como la naturaleza, como dijimos y dirémos, hizo á las mujeres para que encerradas guardasen la casa, así las obliga á que cerrasen la boca; y como las desobligó de los negocios y contrataciones de fuera, así las libertó de lo que se consigue á la contratacion, que son las muchas pláticas y palabras. Porque el hablar nace del entender, y las palabras no son sino como imágenes ó señales de lo que el ánimo concibe en sí mismo; por donde, así como á la mujer buena y honesta la naturaleza no la hizo para el estudio de las ciencias ni para los negocios de dificultades, sino para un solo oficio simple y doméstico, así les limitó el entender, y por consiguiente les tasó las palabras y las razones; y así como es esto lo que su natural de la mujer y su oficio le pide, así por la misma causa es una de las cosas que más bien le está y que mejor le parece. Y así solia decir Demócrito (1) que

(1) Apud Stobacum, serm. 69.

el aderezo de la mujer y su hermosura era el hablar escaso y limitado. Porque, como en el rostro la hermosura dél consiste en que se respondan entre sí las facciones, así la hermosura de la vida no es otra cosa sino el obrar cada uno conforme á lo que su naturaleza y oficio le pide. El estado de la mujer, en comparacion del marido, es estado humilde, y es como dote natural de las mujeres la mesura y vergüenza, y ninguna cosa hay que se compadezca ménos, ó que desdiga más de lo humilde y vergonzoso que lo hablador y lo parlero. Cuenta Plutarco (1) que Fídias, escultor noble, hizo á los elienses una imagen de Vénus que afirmaba los piés sobre una tortuga, que es animal mudo y que nunca desampara su concha; dando á entender que las mujeres por la misma manera han de guardar siempre la casa y el silencio. Porque verdaderamente el saber callar es su sabiduría propia y aquella de quien habla aquí Salomon, aunque para aprendida es muy dificultosa á aquellas que de su cosecha no la tienen, como deciamos. Y esto cuantó á lo primero. Mas lo segundo, que toca á la aspereza y desgracia de la condicion, que por la mayor parte nace más de la voluntad viciosa que de natura-

(1) Lib. De praeceptis conjugatibus.

leza errada, es enfermedad más curable. Y deben advertir mucho en ello las buenas mujeres; porque, si bien se mira, no sé yo si hay cosa más monstruosa y que más disuene de lo que es que ser una mujer áspera y brava. La aspereza hizose para el linaje de los leones ó de los tigres, y aún los varones, por su compostura natural y por el peso de los negocios en que de ordinario se ocupan, tienen licencia para ser algo ásperos. Y el sobrecejo y el ceño y la esquivez en ellos está bien á las veces; más la mujer, si es leona, ¿qué le queda de mujer? Mire su hechura toda, y verá que nació para piedad. Y como á las onzas las uñas agudas y los dientes largos y la boca fiera y los ojos sangrientos las convidan á cruza, así á ella la figura apacible de toda su disposicion la obliga á que no sea el ánimo ménos mesurado que el cuerpo parece blando. Y no piensen que las crió Dios y las dió al hombre sólo para que le guarden la casa, sino tambien para que le consuelen y alegren. Para que en ella el marido cansado y enojado halle descanso, y los hijos amor, y la familia piedad, y todos generalmente acogimiento agradable. Bien las llama el hebreo á las mujeres «la gracia de casa.» Y llámalas así en su lengua con una palabra, que en castellano, ni con decir gracia ni

con otras muchas palabras de buena significacion, apénas comprehendemos todo lo que en aquella se dice; porque dice aseó, y dice hermosura, y dice donaire, y dice luz y deleite y concierto y contento, el vocablo con que el hebreo las llama. Por donde entendemos que de la buena es tener estas cualidades todas, y entendemos tambien que la que va por aquí no debe ser llamada ni la gracia, ni la luz, ni el placer de su casa, sino el trasto della y el estropiezo, ó por darles su nombre verdadero, el *trasgo* (1) y la *estantigua* (2) que á todos los turba y asombra. Y sucede así, que como las casas que son por esta causa asombradas, despues de haberlas conjurado, al fin los que las viven las dejan; así la habitacion donde reinan en figura de mujer estas fieras, el marido teme entrar en ella, y la familia desea salir della, y todos la aborrecen, y lo más presto que pueden la santiguan y huyen. ¿Qué dice el Sabio? (3) «El azote de la lengua de la mujer brava por todos se extiende, enojo fiero la mujer airada y borracha, es su afrenta perpétua.» (4). Conoci

(1) Duende.

(2) Vision ó fantasma que, ofreciéndose á los ojos, causa espanto.

(3) Ecclesiast., cap. 26, v. 9.

(4) Ibid., v. 12.

yo una mujer que cuando comia reñia, y cuando venia la noche reñia tambien, y el sol cuando nacia la hallaba riñendo, y esto hacia el *disanto* (1) y el dia no santo, y la semana y el mes, y todo el año no era otro su oficio sino reñir; siempre se oia el grito y la voz áspera, y la palabra afrentosa y el deshonor sin freno, y ya sonaba el azote y ya volaba el chapin, y nunca la oí que no me acordase de aquello que dice el poeta (2):

Tesifone, ceñida de crueza  
La entrada, sin dormir de noche y dia,  
Ocupa, suena el grito, la braveza,  
El lloro, el crudo azote, la porfia.

Y así era su casa una imágen del infierno en esto, con ser en lo demas un paraíso, porque las personas dellas eran, no para mover á braveza, sino para dar contento y descanso á quien lo mirára bien. Por donde, cargando yo el juicio algunas veces en ello, me resolví en que de todo aquel vocear y reñir no se podia dar causa alguna que colorada fuese, sino era querer digerir con aquel ejercicio las cenas, en las cuales de ordinario esta señora excedia. Y es así que en estas bravas, si se apuran bien todas las causas desta su des-

(1) Domingo ó dia de fiesta. No es voz política.  
(2) Ovid., lib iv, *Metamorph.*

enfrenada y continúa cólera, todas ellas son razones de disparate; la una, porque le parece que cuando riñe es señora; la otra, porque la desgració el marido, y halo de pagar la hija ó la esclava; la otra, porque su espejo no le mintió ni la mostró hoy tan linda como ayer, de cuanto ve levanta alboroto. A la una embravece el vino, á la otra su no cumplido deseo, y á la otra su mala ventura. Pero pasemos más adelante. Dice:

§ XVII.

No han de ser las buenas mujeres callejeras, visitadoras y vagabundas, sino que han de amar mucho el retiro y se han de acostumbrar á estarse en casa.

*Rodeó todos los rincones de su casa, y no comió el pan de balde* (1).

Quiere decir que en levantándose la mujer ha de proveer todas las cosas de su casa y poner en ellas orden, y que no ha de hacer lo que muchas de las de ahora hacen, que unas en poniendo los piés en el suelo, ó ántes que los pongan, estando en la cama, negocian luégo con el almuerzo, como si hubiesen pasado cavando la noche. Otras se sientan con su espejo á la obra de su pintura, y se están en ella enclavadas tres ó cuatro horas, y es pasado el mediodía y

(1) Vers. 27.

viene á comer el marido y no hay cosa puesta en concierto. Y habla Salomón desta diligencia aquí, no porque ántes de ahora no hubiese hablado della, sino por dejarla, con el repetir, más firme en la memoria, como cosa importante, y como quien conocia de las mujeres cuán mal se hacen al cuidado y cuán inclinadas son al regalo. Y dícelo también porque, diciéndole á la mujer que rodee su casa, le quiere enseñar el espacio por donde ha de menear los piés la mujer y los lugares por dónde ha de andar, y como si dijésemos, el campo de su carrera, que es su casa propia, y no las calles ni las plazas, ni las huertas ni las casas ajenas. «Rodeó, dice, los rincones de su casa»; para que se entienda que su andar ha de ser en su casa, y que ha de estar presente siempre en todos los rincones della, y que porque ha de estar siempre allí presente, por eso no ha de andar fuera nunca, y que, porque sus piés son para rodear sus rincones, entienda que no los tiene para rodear los campos y las calles. ¿No dijimos arriba que el fin para que ordenó Dios la mujer, y se la dió por compañía al marido, fué para que le guardase la casa, y para que lo que él ganase en los oficios y contrataciones de fuera, traído á casa, lo tuviese en guarda la mujer y fuese como su llave?

Pues si es por natural oficio guarda de casa, ¿cómo se permite que sea callejera y visitadora y vagabunda? ¿Qué dice San Pablo á su discípulo Tito que enseñe á las mujeres casadas? «Que sean prudentes, dice, y que sean honestas y que amen á sus maridos, y que tengan cuidado de sus casas» (1). Adonde, lo que decimos, «que tengan cuidado de sus casas», el original dice así: «Y que sean guardas de su casa.» ¿Por qué les dió á las mujeres Dios las fuerzas flacas y los miembros muelles, sino porque las crió, no para ser postas, sino para estar en su rincón asentadas? Su natural propio pervierte la mujer callejera. Y como los peces, en cuanto están dentro del agua, discurren por ella y andan y vuelan ligeros, mas si acaso los sacan de allí quedan sin se poder menear; así la buena mujer, cuanto para de sus puertas adentro ha de ser presta y ligera, tanto para fuera dellas se ha de tener por coja y torpe. Y pues no las dotó Dios ni del ingenio que piden los negocios mayores, ni de fuerzas las que son menester para la guerra y el campo, midanse con lo que son y conténtense con lo que es de su suerte, y entiendan en su casa y anden en ella, pues las hizo Dios para ella sola. Los chinos, en

(1) Ad tit., cap. 2, v. 4, 5.

naciendo, les fueren á las niñas los piés, porque cuando sean mujeres no los tengan para salir fuera, y porque para andar en su casa aquellos torcidos les bastan. Como son los hombres para lo público, así las mujeres para el encerramiento, y como es de los hombres el hablar y el salir á luz, así dellas el encerrarse y el encubrirse. Aun en la iglesia, adonde la necesidad de la religion las lleva y el servicio de Dios, quiere San Pablo (1) que estén así cubiertas, que apenas los hombres las vean, ¿ y consentirá que por su antojo vuelen por las plazas y calles haciendo alarde de sí? ¿Qué ha de hacer fuera de su casa la que no tiene partes ningunas de las que piden las cosas que fuera della se tratan? Forzoso es que, como la experiencia lo enseña, pues no tienen saber para los negocios de sustancia, traten, saliendo, de poquedades y menudencias, y forzoso es que, pues no es de su oficio ni natural hacer lo que pide valor, hagan el oficio contrario. Y así es que las que en sus casas cerradas y ocupadas las mejoran, andando fuera dellas las destruyen. Y las que con andar por sus rincones ganarán las voluntades y edificarán las conciencias de sus maridos, visitando las calles corrompen los corazo-

(1) I, Ad corinth., cap. 11.

nes ajenos y enmolecen las almas de los que las ven, las que, por ser ellas muelles, se hicieron para la sombra y para el secreto de sus paredes. Y si es de lo propio de la mujer el vaguear por las calles, como Salomón en los *Proverbios* lo dice (1), bien se sigue que ha de ser propiedad de la buena el salir pocas veces en público. Dice bien uno acerca del poeta Menandro (2):

A la buena mujer le es propio y bueno  
El de continuo estar en su morada,  
Que el vaguear defuera es de las viles.

Y no por esto piensen que no serán conocidas ó estimadas si guardan su casa, porque al revés, ninguna cosa hay que así las haga preciar como el asistir en ella á su oficio, como de Teano la pitagórica, que siendo preguntada por otra cómo vendria á ser señalada y nombrada, escriben que dijo (3) que hilando y tejiendo y teniendo cuenta con su rincon. Porque siempre á las que así lo hacen les sucede lo que luégo se sigue. Esto es:

(1) Cap. 7. v. 10.

(2) Apud Stobaeum, serm. 71.

(3) Sophocles in Phrixo.

§ XVIII.

De cómo pertenece al oficio de la perfecta casada hacer bueno al marido, y de la obligación que tiene la que es madre de criar por sí á los hijos.

*Levantáronse sus hijos y loáronla, y alabóla también su marido (1).*

Parecerá á algunos que tener una mujer, hijos y marido tales que la alaben, más es buena dicha della que parte de su virtud. Y dirán que no es esta alguna de las cosas que ella ha de hacer para ser la que debe, sino de las que si lo fuere, le sucederán. Mas aunque es verdad que á las tales les sucede esto; pero no se ha de entender que es suceso que les adviene por caso, sino bien que les viene porque ellas lo hacen y lo obran. Porque al oficio de la buena mujer pertenece, y esto nos enseña Salomon aquí, hacer buen marido y criar buenos hijos, y tales, que no sólo con debidas y agradecidas palabras le den loor, pero mucho más con buenos hechos y obras. Que es pedirle tanta bondad y virtud cuanto es menester, no sola para sí, sino también para sus hijos y su marido. Por manera que sus buenas obras dellos sean propios y verdaderos loores della, y sean como voces vivas que en los oídos de todos

(1) Vers. 28.

canten su loor. Y cuanto á lo del marido, cierto es lo primero que el Apóstol dice, que muchas veces la mujer cristiana y fiel, al marido que es infiel le gana y hace su semejante (1). Y así, no han de pensar que pedirles esta virtud es pedirles lo que no pueden hacer, porque si alguno puede con el marido es la mujer sola. Y si la caridad cristiana obliga al bien del extraño, ¿cómo puede pensar la mujer que no está obligada á ganar y á mejorar su marido? Ciertamente es que son dos cosas las que entre todas tienen para persuadir eficacia: el amistad y la razón. Pues veamos cuál destas dos cosas falta en la mujer que no está obligada aquí, ó veamos si hay algun otro que ni con muchas partes se iguale con ella en esto. El amor que hay entre dos, mujer y marido, es el más estrecho, como es notorio, porque le principia la naturaleza, y le acrecienta la gracia, y le enciende la costumbre, y le enlazan estrechísimamente otras muchas obligaciones. Pues la razón y la palabra de la mujer discreta es más eficaz que otra ninguna en los oídos del hombre, porque su aviso es aviso dulce. Y como las medicinas cordiales, así su voz se lanza luego y se apega más con el corazón. Muchos hombres habria en Israel tan pru-

(1) I, Ad corinth., cap. 7, v. 14.

dentes y de tan discreta y más discreta razon que la mujer de Tecua; y para persuadir á David y para inducirle á que tornase á su hijo Absalon á su gracia, Joab, su capitán general, avisadamente se aprovechó del aviso de sola esta mujer, y sola ésta quiso que con su buena razon y dulce palabra ablandase y torciese á piedad el corazón del Rey, justamente indignado (1), y sucedióle su intento: porque, como digo, mejorase y esfuerzase mucho cualquiera buena razon en la boca dulce de la sabia y buena mujer. Que ¿quién no gusta de agradar á quien ama? O ¿quién no se fia de quien es amado? O ¿quién no da crédito al amor y á la razon cuando se juntan? La razon no se engaña y el amor no quiere engañar; y así, conforme á esto, tiene la buena mujer tomados al marido todos los puertos, porque ni pensará que se engaña la que tan discreta es, ni sospechará que le quiere engañar la que como su mujer le ama. Y si los beneficios en la voluntad de quien los recibe crian deseo de agradecimiento y la aseguran, para que sin recelo se fie de aquel de quien los ha recibido, y ambas á dos cosas hacen poderosísimo el consejo que da el beneficiador al beneficiado, ¿qué beneficio hay que igua-

(1) II, Reg., cap. 14.

le al que recibe el marido de la mujer que vive como aquí se dice? De un hombre extraño, si oímos que es virtuoso y sabio, nos fiamos de su parecer, ¿y dudará el marido de obedecer á la virtud y discrecion que cada dia ve y experimenta? Y porque decimos cada dia, tienen aún más las mujeres para alcanzar de sus maridos lo que quisieren esta oportunidad y aparejo, que pueden tratar con ellos cada dia y cada hora, y á las horas de mejor coyuntura y sazón. Y muchas veces lo que la razon no puede, la importunidad lo vence, y señaladamente la de la mujer, que, como dicen los experimentados, es sobre todas. Y verdaderamente es caso, no sé si diga vergonzoso ó donoso, decir que las buenas no son poderosas para concertar sus maridos, siendo las malas valientes para inducirlos á cosas desatinadas que los destruyen. La mujer por sí puede mucho, y la virtud y razon también á sus solas es muy valiente, y juntas entrambas cosas, se ayudan entre sí y se fortifican de tal manera, que lo ponen todo debajo de los pies. Y ellas saben que digo verdad, y que es verdad que se puede probar con ejemplo de muchas que con su buen aviso y discrecion han enmendado mil malos siniestros en sus maridos, y ganádoles el alma y enmendádoles la condicion, en unos brava; en otros dis-

traida, en otros por diferentes maneras viciosa. De arte que las que se quejan ahora dellos y de su desorden, quéjense de si primero y de su negligencia, por la cual no los tienen cual deben. Mas si con el marido no pueden, con los hijos, que son parte suya y los traen en las manos desde su nacimiento y les son en la niñez como cera, ¿qué pueden decir, sino confesar que los vicios dellos y los desastres en que caen por sus vicios, por la mayor parte son culpas de sus padres? Y porque ahora hablamos de las madres, entiendan las mujeres que, si no tienen buenos hijos, gran parte dello es porque no les son ellas enteramente sus madres. Porque no ha de pensar la casada que el ser madre es engendrar y parir un hijo; que en lo primero siguió su deleite, y á lo segundo le forzó la necesidad natural. Y si no hiciesen por ellos más, no sé en cuánta obligacion los pondrán. Lo que se sigue despues del parto es el puro officio de la madre, y lo que puede hacer bueno al hijo y lo que de véras le obliga. Por lo cual, téngase por dicho esta perfecta casada que no lo será si no cria á sus hijos, y que la obligacion que tiene por su officio á hacerlos buenos, esa misma le pone necesidad á que los crie á sus pechos; porque con la leche, no digo que se aprende, que eso fuera mejor, porque contra lo

mal aprendido es remedio el olvido; sino digo que se bebe y convierte en sustancia y como en naturaleza todo lo bueno y lo malo que hay en aquella de quien se recibe; porque el cuerpo ternecico de un niño, y que salió como comenzado del vientre, la teta le acaba de hacer y formar. Y segun quedare bien formado el cuerpo, así le avendrá al alma despues, cuyas costumbres ordinariamente nacen de sus inclinaciones dél; y si los hijos salen á los padres de quien nacen, ¿cómo no saldrán á las amas con quien pacen, si es verdadero el refran español? ¿Por ventura no vemos que cuando el niño está enfermo purgamos al ama que le cria, y que con purificar y sanar el mal humor della le damos la salud á él? Pues entendamos que, como es una la salud, así es uno el cuerpo, y si los humores son unos, ¿cómo no lo serán las inclinaciones, las cuales, por andar siempre hermanadas con ellos, en castellano con razon las llamamos *humores*? De arte que si el ama es borracha, habemos de entender que el desdichadito beberá con la leche el amor del vino; si colérica, si tonta, si deshonesta, si de viles pensamientos y ánimo, como de ordinario lo son, será el niño lo mismo. Pues si el no criar los hijos es ponerlos á tan claro y manifesto peligro, ¿cómo es posible que cumpla con lo

que debe la casada que no los cria? Esto es decir la que en la mejor parte de su casa, y para cuyo fin se casó principalmente, pone tan mal recaudo. ¿Qué le vale ser en todo lo demás diligente, si en lo que es más es así descuidada? Si el hijo sale perdido, ¿qué le vale la hacienda ganada? O ¿qué bien puede haber en la casa donde los hijos para quien es no son buenos? Y si es parte desta virtud conjugal como habemos ya visto, la piedad generalmente con todos, las que son tan sin piedad, que entregan á un extraño el fruto de sus entrañas, y la imágen de virtud y de bien que en él habia comenzado la naturaleza á obrar, consienten que otro la borre, y permiten que imprima vicios en lo que del vientre salia con principio de buenas inclinaciones, cierto es que no son buenas casadas, ni áun casadas, si habemos de hablar con verdad; porque de la casada es engendrar hijos, y hacer esto es perderlos; y de la casada es engendrar hijos legítimos, y los que se crian así, mirándolo bien, son llanamente bastardos. Y porque vuestra merced vea que hablo con verdad, y no con encarecimiento, ha de entender que la madre en el hijo que engendra no pone sino una parte de su sangre, de la cual la virtud del varon, figurándola, hace carne y huesos. Pues el ama que cria pone lo

mismo, porque la leche es sangre, y en aquella sangre la misma virtud del padre que vive en el hijo hace la misma obra; sino que la diferencia es ésta, que la madre puso este su caudal por nueve meses, y la ama por veinte y cuatro; y la madre quando el parto era un tronco sin sentido ninguno y el ama quando comienza ya á sentir y reconocer el bien que recibe; la madre influye en el cuerpo, el ama en el cuerpo y en el alma. Por manera que echando la cuenta bien, el ama es la madre, y la que parió es peor que madrastra, pues enajena de sí á su hijo, y hace borde lo que habia nacido legítimo, y es causa que sea mal nacido el que pudiera ser noble, y comete en cierta manera un género de adulterio poco ménos feo y no ménos dañoso que el ordinario, porque en aquél vende al marido por hijo, el que no es dél, y aquí el que no lo es della, y hace sucesor de su casa al hijo del ama y de la moza, que las más veces es una ó villana ó esclava. Bien conforma con esto lo que se cuenta haber dicho un cierto mozo romano, de la familia de los Gracos, que volviendo de la guerra vencedor y rico de muchos despojos, y viniéndole al encuentro para recibirle alegres y regocijadas su madre y su ama juntamente, él, vuelto á ellas y repartiendo con ellas de lo que traia, como á la madre le diese

un anillo de plata y el ama un collar de oro, y como la madre, indignada desto, se doliese dél, le respondió que no tenía razón; \* porque, dijo, vos no me tuvisteis en el vientre más de por espacio de nueve meses, y ésta me ha sustentado á sus pechos por dos años enteros. Lo que yo tengo de vos es sólo el cuerpo, y áun ése me diste por manera no muy honesta; mas la dádiva que desta tengo, diómela ella con pura sencilla voluntad. Vos, en naciendo yo, me apartaste de vos y me alejastes de vuestros ojos, mas ésta, ofreciéndose, me recibió, desechado, en sus brazos amorosamente, y me trató así, que por ella he llegado y venido al punto y estado en que ahora estoy. » Manda San Pablo, en la doctrina que da á las casadas (1), \* que amen á sus hijos. » Natural es á las madres amarlos, y no había para qué San Pablo encargase con particular precepto una cosa tan natural; de donde se entiende que el decir \* que los amen », es decir que los crien, y que el dar leche la madre á sus hijos, á eso San Pablo llama *amarlos*, y con gran propiedad; porque el no criarlos es venderlos y hacerlos no hijos suyos, y como desheredarlos de su natural, que todas ellas son obras de aborrecimiento, y tan fiero, que vencen en

(1) Ad. tit., cap. 2, v. 4.

ello áun á las fieras, porque, ¿qué animal tan crudo hay que no críe lo que produce, que fie de otro la crianza de lo que pare? La braveza del leon sufre con mansedumbre á sus cachorrillos que importunamente le desjuguen las tetas. Y el tigre, sediento de sangre, da alegremente la suya á los suyos. Y si miramos á lo delicado, el flaco pajarillo, por no dejar sus huevos, olvida el comer y se enflaquece, y cuando los ha sacado, rodea todo el aire volando, y trae alegre en el pico lo que él desea comer, y no lo come porque ellos lo coman. Mas ¿qué es menester salirnos de casa? La naturaleza dentro della misma declara casi á voces su voluntad, enviando, luego después del parto, leche á los pechos. ¿Qué más clara señal esperamos de lo que Dios quiere, que ver lo que hace? Cuando les levanta á las mujeres los pechos, les manda que crien; engrosándole los pezones, les avisa que han de ser madres; los rayos de la leche que vienen son como agujijones con que las dispierta á que lleguen á sí lo que parieron. Pero á todo esto se hacen sordas algunas, y excúsanse con decir que es trabajo y que es hacerse temprano viejas, parir y criar. Es trabajo, yo lo confieso; mas si esto vale, ¿quién hará su oficio? No esgrima la espada el soldado, ni se ponga al enemigo, porque es caso de

peligro y sudor; y porque se lacera mucho en el campo, desampare el pastor sus ovejas. Es trabajo el parir y criar, pero entiendan que es un trabajo hermanado, y que no tienen licencia para dividirlo. Si les duele el criar, no paran, y si les agrada el parir, crien tambien. Si en esto hay trabajo, el del parto es sin comparacion el mayor. Pues ¿por qué las que son tan valientes en lo que es más, se acobardan en aquello que es ménos? Bien se dejan entender las que lo hacen así, y cuando no por sus hijos, por lo que deben á su vergüenza, habian de traer más cubiertas y disimuladas sus inclinaciones. El parir, aunque duele agradablemente, al fin se lo pasan. Al criar no arrostran, porque no hay deleite que lo alcahete. Aunque si se mira bien, ni áun esto les falta á las madres que crian; ántes en este trabajo la naturaleza, sábia y prudente, repartió gran parte de gusto y contento. El cual, aunque no le sentimos los hombres, pero la razon nos dice que le hay, y en los extremos que hacen las madres con sus niños lo vemos. Porque, ¿qué trabajo no paga el niño á la madre cuando ella le tiene en el regazo desnudo, cuando él juega con la teta, cuando la hiere con la manecilla, cuando la mira con risa? Pues cuando se le añuda al cuello y la besa, pareceme que áun la deja obligada. Crie pues

la casada perfecta á su hijo, y acabe en él el bien que formó, y no dé la obra de sus entrañas á quien se la dañe, y no quiera que torne á nacer mal lo que habia nacido bien, ni que sea maestra de vicios la leche, ni haga bastardo á su sucesor, ni consienta que conozca á otra ántes que á ella por madre, ni quiera que en comenzando á vivir se comience á engañar. Lo primero en que abra los ojos su niño sea en ella, y de su rostro della se figure el rostro dél. La piedad, la dulzura, el aviso, la modestia, el buen saber, con todos los demas bienes que le habemos dado, no sólo los traspase con la leche en el cuerpo dél niño, sino tambien los comience á imprimir en el alma tierna dél con los ojos y con los semblantes; y ame y desee que sus hijos le sean suyos del todo, y no ponga su hecho en parir muchos hijos, sino en criar pocos buenos; porque los tales con las obras la ensalzaran siempre, y muchas veces con las palabras, diciendo lo que se sigue.